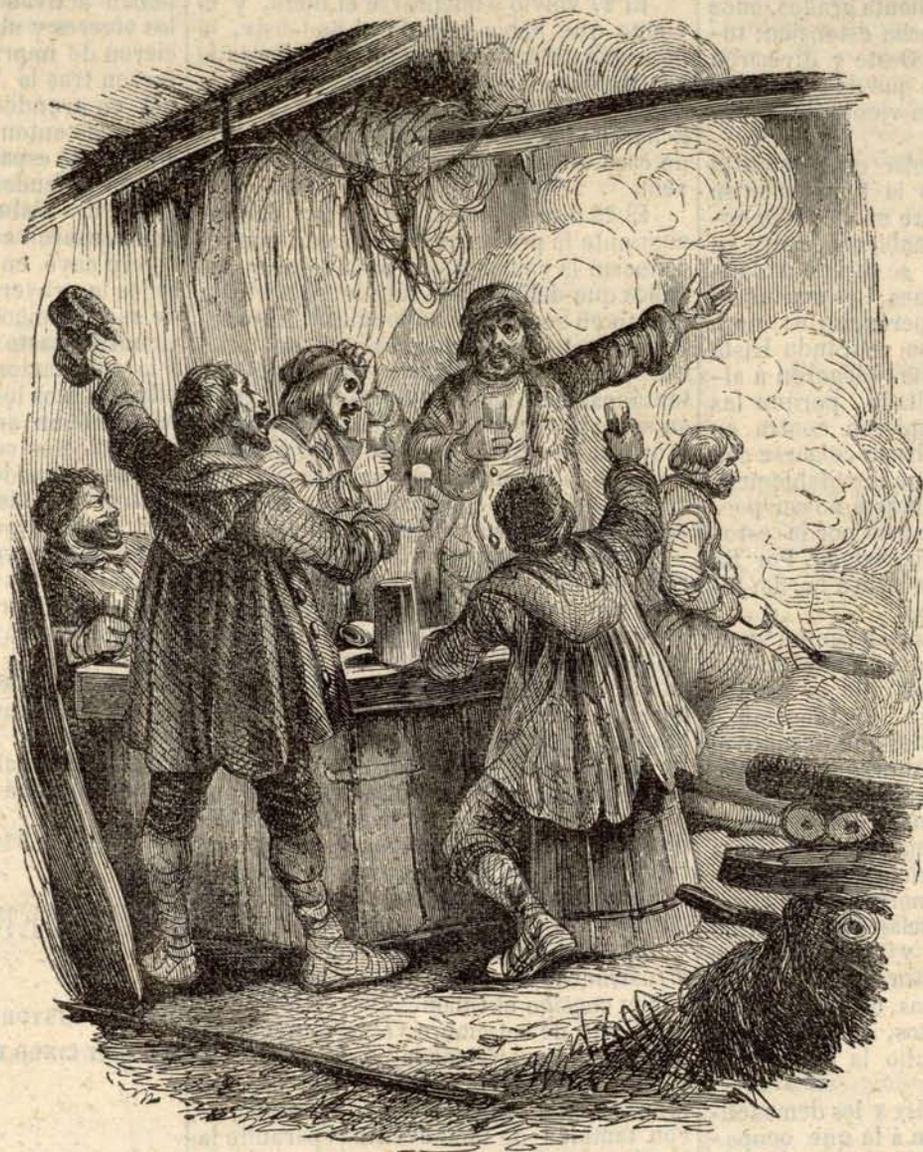


APUNTES DE VIAGES.



I.

UN INVIERNO EN NUEVA ZEMBLA.

(1596.)

Los ingleses y los holandeses han emprendido en distintas ocasiones el camino de la China y el Japon pasando por el mar septentrional, y aun ahora hace pocos años prosigue una expedicion inglesa en el Océano polar boreal las esploraciones comenzadas algunos años ha por Parry, Beechey, Ros y Francklin.

La relacion que vamos á hacer se refiere á una de las mas antiguas tentativas practicadas con el fin de internarse hácia el Norte. Su narracion pone de manifesto que las corrientes sobre los hielos boreales obran con la misma violencia á lo largo de la costa de Nueva Zembla que en las de Groenlandia, en las del Spitzberg, de Islandia, del estrecho de Davis, en las del Principe Regente y de la bahia en Hudson.

La violencia de estas corrientes es sin duda alguna un peligro para los navegantes; pero, sin embargo, suministran una razon para esperar pueda llegarse un dia á las latitudes mas considerables del Norte, atendiendo á que en la época de la

Octubre 3 de 1852.

desegregacion de los hielos arrastran y dispersan facilitando de este modo el tránsito de los buques. Este movimiento de aguas del mar Artico, reconoce por causa la abundancia de los rios que se precipitan de los grandes continentes que le rodean por todas partes y de que es afluyente. Es indispensable que estas aguas que acuden á aumentar las que ya encierra el receptáculo polar, se procuren una salida. Diversos estrechos sirven de desahogo á este ancho mar; el mas considerable de todos es el mar del Norte, y despues los de Beering, el del Principe Regente y la bahia de Hudson; pero como el agua que pasa de un espacio mas ancho á un espacio mas reducido adquiere una velocidad tanto mas considerable cuanto mas enorme es su masa y mas reducido el paso que se le impone, se concibe muy bien, con solo dirigir una ojeada al mapa, la necesidad de estas corrientes y su potencia.

El 18 de mayo de 1596, Heemskerke, Guillermo Barense y Juan Cornelisz partieron de Ulia, puerto septentrional de Holanda. Heemskerke mandaba el barco en que iba Barense, gefe de la expedicion, bajo el nombre de primer piloto; Juan Cornelisz Ryp capitaneaba la segunda embarcacion.

El 30 se encontraban ya á los setenta y nueve grados y veinte y cuatro minutos de latitud Norte; el 1.º de junio no tenían

ya noche; al dia siguiente á las diez de la mañana vieron dos parelias (1); presentábanse á la vez á izquierda y derecha del disco del sol, lo que formaba la ilusion de ver tres soles. Tambien estaban como atravesados por un arco iris.

El 5 de junio tropezaron con hielos; el 7 se hallaban á setenta y cuatro grados, siete minutos, y navegaban á través de grandes témpanos de hielo que separaban las embarcaciones para franquearse paso; el mar presentaba un color verde subido, por lo que presumieron estar cerca de tierra, próximos á la costa de Groenlandia. A medida que avanzaban era mas denso el hielo.

El 9 á los setenta y cuatro grados, treinta minutos, descubrieron una isla que parecia como de cinco leguas de estension: algunos marineros de la tripulacion ganaron la tierra y ascendieron á la cúspide de una montaña tan escarpada, que para bajar les fué menester acostarse boca abajo contra la tierra y dejarse resbalar poco á poco. Barense, considerándolos desde la orilla donde habia quedado, dudó largo rato pudiesen escapar del peligro en que se veian. Esta arriesgada correria no tuvo mas resultado que la caza de un oso que condujeron muerto, y el haber visto un crecido número de paviotas. Los holande-

(1) Imágen del sol reflejada en una nube. Album pintoresco.

ses llamaron á esta isla *Baeren-Ei-land*, lo que quiere decir, isla de los osos. El animal de esta especie que trasladaron cedía de doce pies de largo.

El 19 descubrieron otra tierra que estimaron hallarse á los ochenta grados, once minutos; parecia de mucha estension; tomaron la costa hácia el Oeste y divisaron una magnífica rada, á la que desgraciadamente estorbó llegar un viento de Nord-este.

El 21 resolvieron anclar en esta costa helada, y mientras que la tripulacion se ocupaba en recoger lastre en la playa occidental de la tierra descubierta, entró en el agua un oso blanco y se dirigió nadando hácia las embarcaciones. Los marineros de estas trataron de perseguirle; pero cuando lo observó fuese retirando hasta alejarse mas de una legua. Llegaron á alcanzarle, pero sin resultado, porque las picas y mazas se rompieron contra su cuerpo; una vez llegó hasta colgarse con las patas del barco, lo que inevitablemente le hubiera hecho zozobrar á no ser porque afortunadamente se asió por la estoménasa y no por ningun costado. Por fin lograron matarlo y trasladarlo á bordo; tenía trece pies de longitud.

Una legua mas allá divisaron un gran golfo, en cuyo centro habia un islote cubierto de gansos salvajes que se ocupaban en poner y acoclar. Pertenecian á las mismas especies de los que durante el invierno acuden á las llanuras de Holanda, del *Zuiderzea* y de la *Frisa*.

El 23 de junio alarmó á una parte de la tripulacion, que habia bajado á tierra para observar las variaciones de la brújula, la presencia de un enorme oso blanco. Siguiéron la costa paralelamente á los sesenta y nueve grados, y el 29 tuvieron que alejarse de tierra para librarse de los hielos. Asi llegaron á los ochenta y seis grados, cincuenta minutos, teniendo aun á la vista el 1.º de julio la isla de los Osos.

Este dia pasó *Cornelisz* y los demas oficiales de su embarcacion á la que ocupaba *Barensez*, y no pudiendo ponerse de acuerdo acerca del rumbo que debia seguirse, determinaron tomar cada cual el que mejor le pareciese para hacer descubrimientos.

Cornelisz, que tenia en mucho su parecer, volvió hácia los ochenta grados, persuadido que podria pasar al Este de las tierras que veia y enderezar en seguida su rumbo al Norte.

Barensez al contrario, tomó el partido de dirigirse al Sur: el 11 se creyó en posicion Sur y Norte de *Candnoes*, punta oriental del mar Blanco: en seguida encaminándose al Sur sud-este hácia la altura de sesenta y dos grados, pensó que no debia distar mucho de la tierra la *Willoughby*.

Hallándose el 17 por los setenta y cuatro grados, cuarenta minutos, reconoció á *Mediodia* de *Nueva Zembla*.

El 25 de agosto, cuando se creia al Sur de esta considerable isla y al Oeste del estrecho de *Wega*, halló obstruido el paso por los hielos, de tal modo que absolutamente desesperó poder marchar mas adelante. Entonces pensó ya en volver á *Holanda*, pero el camino hácia el Oeste no estaba mas accesible que el que intentó por el Este. Llegaron á un puerto en que la embarcacion quedó aprisionada entre los hielos que sobrenadaban á su alrededor: por la tarde lograron, sin embargo, encaminarla hácia el Oeste del citado puerto, que bautizaron los holandeses con el nombre de

Puerto de los Hielos; pero durante la noche se unieron y solidificaron entre sí los hielos de tal modo, que conocieron no les quedaba mas recurso que resignarse á pasar el invierno en tan triste region.

El 27 volvió á quebrarse el hielo, y el viento que habia variado al Sud-este, le imprimia un movimiento tal que chocando contra los costados de la embarcacion la hacia oscilar poniéndola en gran peligro. Echaron al agua la lancha como refugio en un caso estremo. Apareció una aurora boreal.

El 28 disminuyeron los hielos y de consiguiente la presion; pero en tanto que reconocian la embarcacion para reparar los daños que debia haber sufrido, se abrió de pronto en sentido de su longitud. Al practicarse esta disyuncion rechinó con tanto estrépito, que pensaron se sumergía instantáneamente con todo lo que guardaba en su seno; pero por fortuna no fué asi, porque la averia solo afectó la parte de arriba. Esto hizo que la tripulacion se salvára de una muerte inmediata, porque á pesar de aquel accidente pudo sobrenadar el barco.

El 29 y 30 se acumularon los hielos alrededor de la embarcacion formando formidables parapetos, cuyo espesor se aumentaba con la nieve que caia del cielo. A bordo estallaba todo de un modo horrible, y á cada momento temian que se abriera el casco y que desapareciera bajo el cerco pesado que le asediaba. Del lado de la corriente se habian acumulado los hielos mas que del otro lado, de modo que el barco cediendo á su peso permanecia inclinado sobre babor. Sin embargo, no tardó mucho en equilibrarse la presion, con lo que se enderezó sobre aquellos bancos helados como izado con máquina.

El 31 se cuartearon los hielos y fueron arrastrados por la corriente, pero se llevaron consigo el timon.

El 1.º de setiembre volvió á quedar la embarcacion aprisionada por la parte superior, aunque la quilla tocaba aun en la masa fluida. Sin embargo, se prepararon tambien de todo evento separando la lancha grande y otras menores.

El 2 estalló el casco del barco por tantos puntos á la vez, que juzgaron prudente trasladar los víveres á tierra: en este concepto trasladaron trece barricas de galleta y dos toneles de vino; ademas trasladaron tambien un trinquete ya usado, pólvora, plomo, fusiles y otras armas, instrumentos de carpintería, etc. Todos obraban en el convencimiento de pasar el invierno en aquel pais, para lo cual pensaban construir una barraca que les pusiera al abrigo del frio y de la voracidad de los osos. Este proyecto fué singularmente secundado por la abundancia de troncos de árbol que encontraron arrojados sobre la playa.

El 15 mientras trabajaban en la construccion del chozo, divisaron tres osos de desigual corpulencia: el mas pequeño permaneció oculto detrás de un banco de hielo, y los dos mas grandes se dirigieron á los marinos. El mas grande se acercó á un agujero escogido para depósito de la carne salada; pero quedó allí muerto de un balazo que le partió el cráneo; su compañero se le acercó, le olió, y como si adivinase el peligro, tocó retirada. En la huida hizo una parada, se enderezó sobre las patas como para enterarse de sus perseguidores, pero le salió cara su curiosidad, porque aprovechando la ocasion le enteraron una bala en el vientre: el animal huyó tan de prisa como pudo. *Barensez* mandó vaciar el cuerpo del oso muerto,

y que le colocaran sobre sus cuatro patas, á fin de que se helára en esta posicion para poderlo trasportar á *Holanda*.

El 25 de octubre, apenas acabada la construccion del chozo, y cuando se ocupaban activamente de trasladar á tierra los víveres y utensilios del barco, aparecieron de improviso tres osos que se dirigieron tras la tripulacion. Esta prurumpió en grandes voces, pero no consiguió con ellas entonces como otras veces el resultado de espantarlos; fué menester pensar en defenderse. Afortunadamente llevaban dos alabardas en el trineo, mas todos pensaron en ganar el barco; un marinero cayó en una quiebra del hielo, y todos le creyeron víctima de la ferocidad de sus enemigos: sin embargo, estos continuaron hasta asediar en la embarcacion á la tripulacion, que se hacia fuerte en ella: los osos les asaltaban y los marineros se defendian arrojándoles cuantos maderos y objetos se hallaban á mano, y de los cuales se apoderaban sus enemigos para destrozarlos: la lucha hubiera tenido tal vez malos resultados, pues iba faltando hasta el recurso de tener algun objeto que arrojarles, cuando *Barensez* tiró una alabarda al mayor de ellos con tan feliz acierto, que le atravesó el hocico, con lo que dando grandes aullidos, tomó la huida, en la que le siguieron sus compañeros.

El 4 de noviembre acabaron enteramente de ver el sol, pero en compensacion estaban alumbrados por la luna, que no se apartaba del horizonte.

(Se continuará.)

RUI PEREZ DE AVILÉS.

DRAMA HISTORICO, EN PROSA, EN TRES ACTOS Y CINCO CUADROS, PRECEDIDO DE UN PROLOGO.

POR

D. NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO Y SUAREZ-MOSCOSO

ACTO SEGUNDO.

CUADRO II.

(Continuacion.)

ESCENA V.

ALFONSO. RAMIRO.

RAMIRO.

Vive Dios, querido comendador, que es afortunado en azares de guerra mi altivo rival... ¿Lo será tanto en amores?

ALFONSO.

Nada temais. Tan luego sea caballero, mi espada le derribará en tierra para no alzarse jamás...

RAMIRO.

Bien lo creo.

ALFONSO.

Y lavaré con su sangre sus injurias y la mancha que en mi escudo intentó echar, alzando los ojos hasta Inés de Luera.

RAMIRO.

Necesario es en verdad despojarte de ese impertinente orgullo, que en él hizo nacer el usurpado mando de las naves donde combaten los infanzones de Avilés, contrarios nuestros.

ALFONSO.

Y las falsas revelaciones del caduco ermitaño de Roiriz, haciéndole creer descendencia de no sé qué rico home... No siendo Rui en verdad sino un pobre bastardo abandonado.

RAMIRO.

¿Y de mi ingrata y bella prometida ninguna nueva tuvisteis?

ALFONSO.

Hace largo tiempo no llegó hasta mi correo ni mensajero de mi casa.

ESCENA VI.

ALFONSO. RAMIRO. MAURO.

MAURO, á Ramiro.

Yo puedo dártelas.

RAMIRO.

¿Qué veo! ¿Mauro aquí?

ALFONSO.

(¡Maldición! ¡Aun vive!)

RAMIRO.

Sin duda tiene un diablo familiar... donde quiera se aparece.

MAURO.

¿Por qué tiembles en mi presencia, soberbio paladin?

ALFONSO.

¡Temblar yo!

MAURO.

¿Pensabas que tu emisario Alvar me habia muerto? Pues no, menguado usurpador; la mano que habias armado no podia alzarse contra mi, el puñal cayó á mis pies...

ALFONSO, á Ramiro.

¡Pobre imbécil! tiempo hace os anuncié habia perdido la razon...

MAURO.

Tu eres no mas que un menguado usurpador y un vil asesino de niños y mugeres.

ALFONSO, con furor.

¡Miserable!... Mas tus insensatas palabras no pueden injuriarme y las desprecio.

MAURO.

El que debia libertarte del acusador de tus crímenes...

ALFONSO, aparte á Ramiro.

Desvaría...

MAURO.

Era un antiguo protegido mio, y no solo desobedeció tu mandato, sino me sirvió de guia en el largo viage desde Avilés hasta aqui, que emprendí á despecho de mi edad por no abandonar á tus viles asechanzas al hijo de Pero Perez, á mi pupilo Rui.

RAMIRO.

Buen ermitaño; vuestra edad decrepita oscureció vuestra razon y os hace delirar. ¿Cómo podeis decir, que el noble, e valeroso comendador Alfonso de Luera, sea capaz de acudir á medios cobardes para deshacerse de un enemigo? Espada tiene y valor...

MAURO.

Ramiro, vos sois leal y caballero y medís el corazon de los otros por el vuestro.

ALFONSO, con ironia.

¿Y las noticias que de mi hermana anunciábais, se os han olvidado ya?...

MAURO.

Vas á saberlas. Tu hermana no está en Luera.

RAMIRO, con afan.

¿Dónde pues?

MAURO.

Cautiva, segun presumo.

RAMIRO.

Tú no dices verdad.

ALFONSO.

Anciano del infierno, responde presto; ¿quién osó apresar á Inés?

MAURO.

Unos corsarios sarracenos.

RAMIRO.

¡Desdichado de mi! Hermano, hemos de vengar tal injuria cual cumple á nuestra fama y nobleza.

ALFONSO.

Daremos muerte á cuantos moros caigan en nuestro poder.

MAURO, aparte.

Siempre bárbaro y sanguinario.

RAMIRO.

Si, á fé mia. Lo juro por mi cruz de caballero.

ALFONSO.

Marchemos á nuestra tienda.

RAMIRO.

Vamos pues. (Vanse Alfonso y Ramiro.)

ESCENA VII.

MAURO.

¡Vé, execrable cristiano! aunque mi presencia evites, tus ojos siempre me miran... Poco tiempo tardarás en espiar tus negros crímenes, y ya habré terminado mi larga obra de gratitud y venganza... gratitud á Pero Perez que en su hogar acogió y defendió al pobre peregrino de proscripita raza... ¡Venganza, del matador de mi esposa y de mi hija!

Cae el telon.

ACTO TERCERO.

LA CADENA ROMPIDA.

CUADRO I.

El río Guadalquivir.—A la derecha y en primer término un torreón del castillo de Triana donde flotará una bandera verde.—A la orilla opuesta y en lontananza la torre del Oro, desde la que al castillo de Triana se verá afianzada una gruesa cadena.—El proscenio representa la orilla izquierda del río, en la que se ven varios árboles.—Es de noche.

ESCENA I.

INES. FATIMA. HACEM que permanece algun tanto apartado durante esta escena y la siguiente y que lleva en la mano un cofrecillo, y á la espalda arco y flechas.

FATIMA.

Ya estás en salvo. He allí las tiendas de los tuyos. Que venga ahora en tu busca el alcaide de Triana.

INES.

¿Cómo podré mostrarte mi gratitud?

FATIMA.

Yo era la que estaba en deuda contigo... ¡No me dieras en Avilés libertad, y en cambio no te robara la tuya!... Pero Inés mia, perdóname!... Tú que tanto como yo amas á Rui, disculparás los extremos á que puede conducir una pasion desdichada.

INES.

¡Me hablas de perdon!... ¿No hemos sido siempre amigas?

FATIMA.

Ahora quedas ya en seguridad... separémonos para siempre...

INES.

¿Para siempre!... ¿Vuelves á Triana?

FATIMA.

Habiendo huido con mi esclavo Hacem y contigo que eras la destinada por mi cruel esposo á servir de represalia á las victimas que cada dia sacrifica tu mas cruel hermano, solo allí me esperaria el mas horrible suplicio.

INES.

Pues bien... no te apartes de mí... Ven á Avilés al castillo de Luera.

FATIMA.

¿Y crees podría yo ser impasible testigo de tu felicidad, verte en brazos de Rui?... ser tú su esposa... la madre de sus hijos... ¡Oh, no! sería necesario un corazón de bronce.

INES.

Ese cuadro que pintas con tan hermosos colores, tan solo en tu fantasía puede existir, Fátima! ¿Olvidaste que Alfonso me ha vedado ver mas á Rui, y que si al de Falcon no doy la mano, en vez de la corona nupcial solo me espera el velo de las vírgenes de Cristo?

FATIMA.

¿Con que es Alfonso el solo obstáculo para tu ventura?... lo habia olvidado.

INES.

Abandonemos pensamientos tan tristes para tí y para mí... y dime dónde te dirigirás ya que á Sevilla no vuelves.

ESCENA II.

INES. FATIMA. HAGEM. ALVAR.

ALVAR, *aparte.*

El camino he perdido... maldita oscuridad ¿mas qué escucho? allí hablan.

FATIMA.

A cualquiera region apartada de España... al Africa... á la Arabia... mas donde quiera que vaya, al cielo pediré derrame sobre tu cabeza tanta ventura cual yo pudiese para mí soñar.

ALVAR, *aparte.*

Son mugeres, y esa voz paréceme conocida.

INES.

¡Amiga tierna y leal!... mas la pregunta que acabo de hacerte, debo dirigirla á mí misma ¿dónde iré yo?

ALVAR.

¡Cielos! es doña Inés. ¡Ama mía! ¿Con que ya estais libre?...

INES.

¡Alvar!

FATIMA.

¡El halconero de Luera!

ALVAR.

Al estraviarme por este punto avanzado escuché vuestras palabras... ¿y dónde os dirigís?

INES.

En verdad que aun no lo sé.

ALVAR.

Yo puedo conducirlos á un asilo conveniente.

INES.

¿Será á la tienda de mi hermano, tu señor?

ALVAR.

¡Mi señor!... ya no lo es. Quiso hacer de mí, que siempre presumí de honrado, un malvado asesino, y lo dejé para siempre... Yo no era siervo suyo.

FATIMA, *aparte.*

Siempre alevoso y faláz.

ALVAR.

El asilo que os ofrezco es la choza de ramage que ocupá el padre Mauro, mi protector.

INES.

¿Se halla tambien en el cerco el santo ermitaño de Roiriz?

ALVAR.

Desde hace pocos dias... A su lado estareis mejor que al del señor de Luera.

INES.

¡Oh! si; el cielo no fué sordo á mi clamor, y señaladamente me ampara... Vámonos luego donde está.

ALVAR.

Venid.

INES.

Fátima... adios... Si crees algun dia que una mano amiga puede secar tus dolientes lágrimas, á buscarme ven... Mis brazos siempre estarán abiertos para estrecharte con la efusion de la mas tierna hermana.

FATIMA.

Bien lo sé... mas solo he de pedirte que en el seno de la felicidad que vas á alcanzar sin duda, tu amante y tú recordéis alguna vez á la desventurada Fátima que tanto os amó.

INES.

¿Podrias dudarlo?... (Con voz ahogada.) ¡Adios!

INES, *idem y abrazándola.*

¡Adios! (Vanse Inés y Alvar.)

(Secontinuará.)

MADRID; 1852.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, núm. 8.

BIBLIOTECA ESPAÑOLA.

OBRAS EN PUBLICACION.

1.^a SECCION. *Historia de Cien Años*, por César Cantú, traducida directamente del italiano, con notas y un prólogo, por don Salvador Costanzo. Se reparte una entrega cada quince dias.

—*Viage ilustrado en las cinco partes del Mundo*. Se han repartido las primeras entregas de esta importantísima obra, sobre la que no nos cansaremos de llamar la atencion de los que nos favorecen, porque estamos seguros que hallarán reunidos en ella al interés de la narracion la enseñanza; al mérito literario la belleza tipográfica.

2.^a SECCION. *Diccionario Universal Francés-Español* y vice versa, por Dominguez; segunda edicion corregida y aumentada. Se reparte una entrega por semana.

3.^a SECCION. *Celiar*, leyenda americana en variedad de metros, por don Alejandro Magariños de Cervantes, precedida de un discurso preliminar por don Ventura de la Vega. Constará de 4 entregas, con grabados. Se reparte una entrega por semana.

OBRAS PUBLICADAS.

El libro del Tiempo, por don Francisco Fernandez Villabril, con 74 grabados. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 6 rs.

Historia de Napoleon el Grande, por Agustin Challamel, con 30 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 y 10 rs.

Las Memorias del Diablo, por Federico Soulié, con 67 grabados. Se ha concluido la edicion y se avisará cuando se haga una nueva.

María Estuardo, por Alejandro Dumas; esta obra forma parte de la coleccion del autor titulada *Crimenes célebres*; tiene 15 grabados. Precio por suscripcion, 2 y medio rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 5 rs. en Madrid y 6 en provincia.

Doce Españoles de brocha gorda, obra original de don Antonio Flores, con 54 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid y 6 en provincia. En venta 8 rs. en Madrid y 10 en provincia.

El Diablo Cojuelo, edicion ilustrada

con 100 grabados originales. Precio por suscripcion, 2 rs. en Madrid y 3 en provincia. En venta 5 y 7 rs.

La Casa Blanca, novela por Paul de Kock, ilustrada con 37 grabados. Precio por suscripcion, 4 rs. en Madrid, y 6 en provincia. En venta, 8 y 10 rs.

Escenas de la vida privada y pública de los animales, obra critica de costumbres politicas y sociales con 33 grabados. Precio por suscripcion, 3 reales en Madrid, y 4 y medio en provincia. En venta 6 rs. en Madrid, y 8 en provincia.

El Blas de Santillana, edicion ilustrada con 100 grabados originales. Precio por suscripcion, 8 rs. en Madrid y 12 en provincia. En venta 16 y 20.

El colono de América, novela por Fenimore Cooper, con 24 grabados, precio por suscripcion, 3 rs. en Madrid y 4 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.

Pedro Simple, novela por el capitán Marryat, edicion ilustrada con 25 grabados; precio por suscripcion, 3 rs. en Madrid, y 3 y medio en provincia. En venta 6 y 8 rs.